POLITO RODRÍGUEZ MÉNDEZ
Por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Arzobispo Metropolitano de Barquisimeto

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

FESTIFE-BONO ARQUIDIOCESANO
ARCIPRESTAZGOS: NUESTRA SEÑORA DE LA ALTAGRACIA-INMACULADA CONCEPCIÓN
EL TOCUYO

PRESIDIDA POR EL **EXCMO. MONS.** POLITO RODRÍGUEZ MÉNDEZ

ARZOBISPO METROPOLITANO DE BARQUISIMETO

TEXTOS BÍBLICOS:

LECTURA DE LA CARTA DEL APÓSTOL SAN PABLO A LOS EFESIOS 1, 15-23. SALMO 8, 2-3A. 4-5. 6-7A R/. DISTE A TU HIJO EL MANDO
SOBRE LAS OBRAS DE TUS MANOS. LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 12, 8-12.

EL TOCUYO, 17 DE OCTUBRE DEL 2026

HOMILÍA

«EN COMUNIÓN, SIRVIENDO CON AMOR Y ENTREGANDO EL CORAZÓN A DIOS»

SALUDO

Queridas hermanas y hermanos en Cristo Jesús.

Con el corazón lleno de alegría, gratitud y esperanza, quiero dirigir un saludo fraterno y afectuoso a todos los párrocos de las parroquias que conforman el arciprestazgo de Nuestra Señora de la Altagracia y de la Inmaculada Concepción. Gracias, queridos sacerdotes, por su presencia, por su entrega pastoral, por acompañar a sus comunidades y por ser instrumentos del amor de Dios en medio de su pueblo. Que el Señor continúe fortaleciendo sus vocaciones, renovando sus fuerzas y bendiciendo la misión que cada uno realiza con generosidad.

Saludo también, con inmenso cariño, a todos ustedes, hermanas y hermanas, que han venido con alegría y júbilo a vivir esta hermosa experiencia de fe, de amor y de fraternidad. ¡Qué hermoso es encontrarnos como Iglesia! ¡Qué alegría poder mirarnos como hermanos, compartir nuestra esperanza y reconocer que, a pesar de nuestras diferencias, todos tenemos un mismo Padre, una misma fe y un mismo Señor que nos convoca!

Hoy no estamos aquí simplemente para participar en una actividad más. Estamos aquí porque creemos, porque esperamos, porque amamos y porque sabemos que cuando el pueblo de Dios se reúne con un corazón dispuesto, algo hermoso sucede: las distancias se acortan, las manos se unen, las cargas se hacen más ligeras y la fe se convierte en una fuerza capaz de transformar nuestra realidad.

Hoy estamos aquí para recordar que la Iglesia no se construye solamente con paredes, estructuras o recursos económicos; la Iglesia se construye, ante todo, con corazones que aman, manos que sirven y personas que deciden caminar juntas.

1. La comunión: Aprender a caminar como hermanos

Queridos hermanos, una de las mayores riquezas que tenemos como Iglesia es la comunión.

La comunión no significa que todos pensemos exactamente igual, que nunca tengamos diferencias o que siempre estemos de acuerdo. La verdadera comunión consiste en aprender a caminar juntos aun cuando somos diferentes; en reconocer que el otro también tiene un lugar en el corazón de Dios; en comprender que nadie sobra en la familia de la Iglesia y que cada persona tiene algo valioso que aportar.

Una parroquia no puede vivir aislada de las demás. Una comunidad no puede pensar solamente en sus propias necesidades. Un sacerdote no camina solo, ni un grupo puede pretender realizarlo todo sin la ayuda de los otros. Somos parte de un mismo cuerpo, y cuando una comunidad sufre, toda la Iglesia está llamada a acompañarla; cuando una comunidad celebra, toda la Iglesia tiene motivos para alegrarse.

Por eso, qué hermoso es ver reunidas a las parroquias de nuestro arciprestazgo de Nuestra Señora de la Altagracia y de la Inmaculada Concepción. Esta celebración nos recuerda que no somos comunidades separadas que coinciden por casualidad, sino una familia de fe que comparte una misma misión.

¡Qué diferente sería nuestra Iglesia si en lugar de competir aprendiéramos a colaborar; si en lugar de criticarnos aprendiéramos a animarnos; ¡si en lugar de preguntarnos qué puede hacer el otro por nosotros, comenzáramos a preguntarnos qué podemos hacer nosotros por los demás!

La comunión es una invitación a derribar las barreras del egoísmo, del orgullo y de la indiferencia. Es recordar que la misión evangelizadora no es propiedad de una persona, de un grupo o de una parroquia: es una tarea de todos.

Y cuando una Iglesia vive verdaderamente en comunión, se convierte en un signo visible del amor de Dios para el mundo.

2. La cooperación: El servicio y la entrega desinteresada

Junto a la comunión está la cooperación. Porque no basta con decir que somos hermanos; tenemos que demostrarlo con nuestras acciones.

Cooperar significa comprender que todos podemos aportar algo, aunque no todos podamos aportar lo mismo. Hay quien puede ofrecer recursos económicos; hay quien puede regalar unas horas de su tiempo; hay quien puede cocinar, organizar, limpiar, orientar, escuchar, acompañar o simplemente regalar una sonrisa y una palabra de aliento.

Y hay ocasiones en las que el aporte más grande no es el que se entrega con las manos, sino el que nace de un corazón dispuesto a darse sin esperar nada a cambio.

¡Qué valioso es el servicio que se realiza en silencio! ¡Qué hermoso es el trabajo de tantas personas que se esfuerzan para que una actividad salga adelante y que, al terminar, ni siquiera esperan recibir un aplauso! ¡Qué grande es quien entrega parte de su tiempo, de sus capacidades y de sus recursos para que otros puedan beneficiarse!

En la Iglesia necesitamos personas que no pregunten solamente cuánto van a recibir, sino cuánto pueden ofrecer. Personas que entiendan que servir no es ocupar el primer lugar, sino estar dispuestas a ayudar incluso cuando nadie las está mirando.

El servicio cristiano no es una manera de buscar reconocimiento; es una manera de amar.

Y la entrega desinteresada nos enseña algo fundamental: que el amor verdadero siempre encuentra una forma de darse. Quien ama, busca servir. Quien tiene fe, aprende a compartir. Quien ha experimentado la misericordia de Dios, no puede permanecer indiferente ante las necesidades de sus hermanos.

Queridos hermanos, quizás alguno de nosotros no tenga grandes recursos económicos, pero tiene unas manos dispuestas a trabajar. Quizás otro no pueda dedicar mucho tiempo, pero puede ofrecer una oración sincera. Quizás alguien no tenga una posición importante, pero tiene una palabra capaz de levantar a quien está desanimado.

¡Y todo eso tiene un valor inmenso delante de Dios!

No despreciemos nunca los pequeños gestos. Una Iglesia grande no es necesariamente aquella que tiene más recursos, sino aquella que sabe amar más, compartir más y servir mejor.

3. El FESTIFE: Una oportunidad para convertir la fe en solidaridad

En este espíritu de comunión, cooperación y servicio, quiero hacer una mención especial al FESTIFE, esta hermosa actividad que nos reúne y que se

está llevando a cabo con el propósito de recaudar fondos para cubrir las necesidades de nuestra Arquidiócesis. Unido a esta iniciativa, se realiza también el sorteo del bono, que persigue ese mismo objetivo de contribuir al sostenimiento de la misión de nuestra Iglesia.

Y quisiera que hoy no miremos el FESTIFE solamente como una actividad, una celebración o una oportunidad para recaudar fondos. Miremos más allá. Descubramos lo que hay detrás de esta iniciativa: una Iglesia que necesita de todos, unas comunidades que desean seguir anunciando el Evangelio y una misión que no puede detenerse porque todavía hay mucho amor que compartir y mucha esperanza que sembrar.

Porque detrás de las necesidades materiales de nuestra Arquidiócesis hay una misión espiritual que tiene rostro humano. Hay comunidades que acompañar, personas que necesitan escuchar una palabra de esperanza, familias que requieren cercanía, jóvenes que buscan orientación, niños que merecen crecer en la fe y tantos hermanos que necesitan descubrir que Dios no los ha olvidado.

Los recursos económicos son necesarios para sostener esta misión, pero lo verdaderamente importante es comprender para qué los ponemos al servicio de la Iglesia: para que el Evangelio continúe llegando a los corazones, para que la acción pastoral siga adelante y para que nuestra presencia cristiana continúe siendo una luz en medio de la sociedad.

Por eso, cada colaboración realizada con amor se convierte en un gesto de solidaridad. Cada aporte, grande o pequeño, puede contribuir a sostener una obra que nos pertenece a todos.

Y aquí quiero detenerme un momento para decir algo que nace del corazón: **no importa solamente cuánto damos; importa, sobre todo, el amor con el que damos.**

Quizás una persona pueda contribuir con una cantidad considerable, mientras otra apenas pueda ofrecer una pequeña colaboración. Pero si ambas lo hacen con sinceridad, libertad y espíritu de servicio, ambas están participando de una misma misión.

Recordemos a aquella viuda del Evangelio que entregó dos moneditas. A los ojos de muchos, su aporte podía parecer insignificante; sin embargo, Jesús vio en aquella mujer una generosidad extraordinaria, porque no dio desde la abundancia, sino desde el corazón.

Así debemos comprender también nuestra participación en el FESTIFE y en el sorteo del bono. No se trata simplemente de adquirir un bono o de hacer una contribución. Se trata de preguntarnos: ¿cómo puedo ayudar a mi Iglesia?, ¿cómo puedo colaborar para que la misión de Cristo continúe?, ¿qué puedo poner de mi parte para que nuestra Arquidiócesis siga adelante?

Y que nadie se sienta menos por no poder aportar más. La colaboración debe nacer de la generosidad libre, de acuerdo con las posibilidades de cada persona, nunca de la presión o de la obligación.

Que cada aporte sea una oración hecha gesto; que cada colaboración sea una expresión de amor; que cada esfuerzo realizado por esta causa lleve consigo la certeza de que estamos contribuyendo a una misión que nos supera, pero de la que todos formamos parte.

Y que el FESTIFE nos deje mucho más que una recaudación económica. Que nos deje amistades fortalecidas, parroquias más unidas, corazones más generosos y la convicción profunda de que cuando trabajamos juntos por el bien común, Dios multiplica los frutos de nuestros esfuerzos.

HOMILÍA

4. La Palabra de Dios ilumina nuestro caminar

Queridos hermanos, todo lo que estamos viviendo hoy encuentra su fundamento en la Palabra de Dios. No nos reunimos únicamente por una iniciativa humana; nos reunimos como creyentes que desean escuchar al Señor y descubrir qué nos pide en este momento de nuestra vida comunitaria.

Primera lectura: Efesios 1, 15-23

En la primera lectura, tomada de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios, escuchamos a Pablo expresar su alegría por la fe de aquella comunidad y por el amor que manifiesta hacia todos los santos. También nos hace conocer su oración para que Dios les conceda espíritu de sabiduría y de revelación, a fin de que puedan conocerlo cada vez más profundamente.

Pablo no se conforma con que aquellos cristianos hayan escuchado hablar de Jesús. Desea que conozcan verdaderamente al Señor, que comprendan la esperanza a la que han sido llamados y que descubran la riqueza de la herencia que Dios ofrece a su pueblo.

¡Qué importante es este mensaje para nosotros!

Podemos organizar muchas actividades, reunirnos en numerosos encuentros y realizar grandes esfuerzos, pero necesitamos preguntarnos siempre si todo eso nos está acercando más a Cristo y nos está ayudando a amar mejor a nuestros hermanos.

Porque la finalidad de nuestras actividades eclesiales no es simplemente hacer cosas, sino hacerlas desde la fe, con la mirada puesta en Jesús y con el corazón abierto a los demás.

San Pablo también nos recuerda la grandeza de Cristo, cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo. ¡Qué imagen tan profunda y tan hermosa! Cristo es la cabeza, y nosotros somos sus miembros.

Eso significa que nadie puede considerarse dueño de la Iglesia. Todos somos miembros de un mismo cuerpo, y cada miembro tiene una función, una responsabilidad y una dignidad.

Cuando una parroquia coopera con otra, el cuerpo crece en unidad. Cuando un sacerdote acompaña a otro, el cuerpo se fortalece. Cuando un laico sirve con generosidad, el cuerpo se enriquece. Y cuando una persona necesitada encuentra apoyo en su comunidad, el amor de Cristo se hace visible.

Pero también debemos comprender lo contrario: cuando nos dividimos, cuando actuamos movidos por la envidia, cuando nos negamos a colaborar o cuando pensamos únicamente en nuestros propios intereses, herimos la comunión del cuerpo de Cristo.

Por eso, que la oración de san Pablo sea también nuestra oración hoy: que el Señor ilumine los ojos de nuestro corazón para que comprendamos la esperanza a la que nos llama.

Que podamos descubrir que nuestra fe no es algo que se vive únicamente dentro del templo, sino una fuerza que nos impulsa a servir, compartir y construir una Iglesia más fraterna.

Salmo responsorial: Salmo 8

El salmo que hemos proclamado nos invita a contemplar la grandeza de Dios y la dignidad del ser humano. Y repetimos juntos esta hermosa respuesta:

«Diste a tu Hijo el mando sobre las obras de tus manos»

El salmista contempla el cielo, la luna y las estrellas, y se pregunta cómo es posible que Dios se acuerde del ser humano y lo tenga tan presente.

Ante la inmensidad de la creación, podríamos sentirnos pequeños. Sin embargo, la Palabra nos recuerda que somos importantes para Dios, que hemos sido amados y que el Señor nos ha confiado una responsabilidad.

Dios ha puesto en nuestras manos dones, capacidades y oportunidades. Nos ha concedido la posibilidad de trabajar, crear, compartir y transformar nuestro entorno.

Por eso, todo lo que tenemos debe llevarnos a la gratitud, pero también al compromiso.

Si tenemos talento, pongámoslo al servicio. Si tenemos recursos, compartámoslos con responsabilidad. Si tenemos conocimientos, ayudemos a otros a crecer. Si tenemos autoridad, ejerzámosla con humildad. Y si tenemos fe, hagamos que esa fe se traduzca en obras de amor.

La grandeza del ser humano no consiste en acumular para sí mismo, sino en aprender a administrar con responsabilidad los dones que Dios le ha confiado.

Y en el centro de esta alabanza reconocemos a Jesucristo, el Hijo que el Padre ha constituido Señor. Él nos muestra que la verdadera grandeza no está en dominar a los demás, sino en amarlos; no está en buscar privilegios, sino en entregarse por la salvación de todos.

Que este salmo nos ayude a mirar nuestra participación en la Iglesia como una responsabilidad hermosa. Dios nos ha confiado una misión, y cada uno de nosotros puede contribuir a realizarla.

Evangelio: Lucas 12, 8-12

En el santo Evangelio según san Lucas, Jesús nos dirige palabras exigentes y llenas de esperanza. Nos dice que quien lo reconozca delante de los hombres será reconocido ante los ángeles de Dios. También nos advierte sobre la gravedad de rechazar la acción del Espíritu Santo y promete a sus discípulos que el Espíritu les enseñará lo que deban decir cuando sean llevados ante las autoridades.

Este Evangelio nos invita, ante todo, a vivir nuestra fe sin vergüenza y sin miedo.

Reconocer a Jesús no significa solamente pronunciar su nombre, llevar una cruz o participar en una celebración religiosa. Reconocerlo significa permitir

que su presencia transforme nuestra manera de vivir, de hablar, de decidir y de relacionarnos con los demás.

Reconocemos a Cristo cuando defendemos la verdad sin humillar a nadie; cuando perdonamos en lugar de alimentar el rencor; cuando elegimos la honestidad, aunque nadie nos esté vigilando; cuando servimos sin buscar aplausos y cuando permanecemos fieles al Evangelio incluso si hacerlo exige sacrificios.

También lo reconocemos cuando nuestra fe se convierte en solidaridad concreta, cuando colaboramos con la misión de la Iglesia y cuando somos capaces de desprendernos de algo nuestro para contribuir al bien de todos.

Por eso, participar en una actividad como el FESTIFE puede ser también una oportunidad para dar testimonio de nuestra fe, siempre que lo hagamos con rectitud de intención, generosidad y amor a la misión evangelizadora.

Jesús nos habla, además, de la acción del Espíritu Santo. Él es quien fortalece nuestra fe, ilumina nuestras decisiones y nos ayuda a perseverar cuando las dificultades parecen superar nuestras fuerzas.

¡Cuántas veces necesitamos esa fortaleza! Cuántas veces queremos servir, pero nos cansamos. Cuántas veces deseamos construir la unidad, pero nos encontramos con diferencias. Cuántas veces queremos hacer el bien, pero aparecen obstáculos que nos desaniman.

Es entonces cuando debemos recordar que no caminamos solos. El Espíritu Santo continúa acompañando a la Iglesia, inspirando a sus miembros y sosteniendo a quienes se entregan sinceramente a la misión de Cristo.

Pidámosle que nos conceda un corazón dócil a su voz, capaz de vencer el egoísmo, de superar las divisiones y de responder con generosidad a las necesidades de nuestros hermanos.

Que nunca nos avergoncemos de nuestra fe. Que nunca nos cansemos de hacer el bien. Y que nunca permitamos que nuestras diferencias sean más fuertes que el amor que nos une en Cristo.

5. San Ignacio de Antioquía: un testimonio de amor y fidelidad a la Iglesia

Hoy también es oportuno recordar a san Ignacio de Antioquía, obispo y mártir de los primeros siglos del cristianismo, cuya memoria litúrgica se celebra el 17 de octubre.

San Ignacio fue un pastor que amó profundamente a Cristo y a su Iglesia. Durante su traslado a Roma, donde finalmente sufrió el martirio, escribió cartas a diversas comunidades cristianas. En ellas animaba a los creyentes a

permanecer firmes en la fe, a vivir unidos y a conservar la comunión con sus pastores.

Su testimonio nos enseña que la unidad de la Iglesia no es un detalle secundario, sino un bien que debemos cuidar con responsabilidad.

En sus cartas insistía en la importancia de la unidad alrededor de Cristo y de los pastores legítimamente constituidos, y exhortaba a las comunidades a no dejarse dividir por las rivalidades ni por las falsas enseñanzas.

San Ignacio comprendió que amar a Cristo significa también amar a su Iglesia, trabajar por su unidad y mantenerse fiel al Evangelio incluso cuando esa fidelidad tiene un precio muy alto.

Y su vida nos deja una pregunta que hoy debemos hacernos con sinceridad: ¿cuánto amamos realmente a la Iglesia?

Amar a la Iglesia no significa ignorar sus dificultades ni negar que necesita mejorar. Significa sentirnos parte de ella, comprometernos con su misión, ayudarla a crecer y trabajar para que sea cada día más fiel a Jesucristo.

Amar a la Iglesia es orar por nuestros sacerdotes, acompañarlos en su misión

y colaborar responsablemente con las necesidades de nuestras comunidades. Es valorar el trabajo de los demás, evitar las divisiones y recordar que todos tenemos algo que aportar.

San Ignacio nos recuerda, con su testimonio de entrega hasta el martirio, que la fe no puede quedarse en palabras bonitas. La fe exige coherencia, valentía y una disposición sincera a entregar la vida por aquello que verdaderamente amamos.

Quizás a nosotros el Señor no nos pida derramar nuestra sangre por la fe, pero sí puede pedirnos entregar nuestro tiempo, vencer nuestro orgullo, renunciar a la indiferencia, reconciliarnos con un hermano o servir allí donde hace falta nuestra presencia.

Esos pequeños sacrificios, vividos por amor a Dios, también son caminos de santidad.

Que san Ignacio de Antioquía interceda por nuestros sacerdotes, por nuestras parroquias y por todos los que trabajan al servicio de la Iglesia. Que nos ayude a permanecer unidos en Cristo y a comprender que la comunión se fortalece cuando cada uno está dispuesto a servir con humildad.

6. Que nadie se marche sin llevarse una misión en el corazón

Queridas hermanas y hermanos, después de escuchar la Palabra de Dios y contemplar el testimonio de san Ignacio de Antioquía, quisiera que nos lleváramos una convicción profunda: **la Iglesia necesita nuestras manos, pero, sobre todo, necesita nuestros corazones.**

Necesita manos que trabajen, pero corazones que sepan amar. Necesita personas que colaboren, pero también personas que sepan escuchar. Necesita recursos para sostener su misión, pero necesita, de manera indispensable, mujeres y hombres dispuestos a vivir el Evangelio.

Que este encuentro no termine cuando nos despidamos. Que continúe en nuestras parroquias, en nuestros hogares, en nuestros lugares de trabajo y en cada espacio donde podamos ser instrumentos de paz.

Cuando regresemos a nuestras comunidades, llevemos el compromiso de hablar bien unos de otros, de tender puentes donde haya distancias, de ofrecer ayuda donde exista necesidad y de recordar que ninguna obra realizada por amor es insignificante ante los ojos de Dios.

Si hemos venido con alegría, volvamos con esperanza. Si hemos venido con entusiasmo, volvamos con compromiso. Si hemos venido a colaborar con nuestra Iglesia, volvamos dispuestos a seguir sirviendo cuando termine la

celebración y ya no haya música, aplausos ni reconocimiento.

Porque el verdadero fruto de una experiencia de fe no se mide únicamente por lo que sentimos mientras estamos reunidos, sino por la manera en que vivimos después de encontrarnos con el Señor.

Y cuando alguien nos pregunte qué hemos aprendido en esta jornada, que podamos responder con nuestras obras: hemos aprendido que la comunión nos fortalece, que la cooperación nos une, que el servicio nos hace más semejantes a Cristo y que la entrega desinteresada convierte nuestra fe en amor concreto.

Que el FESTIFE y el sorteo del bono cumplan su propósito de contribuir a las necesidades de nuestra Arquidiócesis, y que, por encima de los resultados materiales, quede entre nosotros una Iglesia más unida, más solidaria y más consciente de que todos somos responsables de su misión.

Despedida

Queridos párrocos, hermanas y hermanos, gracias por su presencia, por su entusiasmo, por su generosidad y por el amor que manifiestan a nuestra Iglesia. Gracias a quienes han hecho posible este encuentro, a quienes han trabajado en su organización, a quienes han colaborado con sus recursos y a quienes, desde la oración y el servicio silencioso, sostienen esta misión.

Que el Señor recompense cada esfuerzo, consuele cada corazón cansado y renueve las fuerzas de quienes, a veces sin que nadie lo note, siguen trabajando por el bien de sus comunidades.

Que Nuestra Señora de la Altagracia, Madre protectora de nuestro pueblo, y la Inmaculada Concepción, modelo de fe y entrega generosa, acompañen a cada una de nuestras parroquias, protejan a nuestros sacerdotes, bendigan a nuestras familias y nos enseñen a decirle sí a Dios con la misma confianza y disponibilidad con que lo hizo María.

Y que san Ignacio de Antioquía nos inspire a permanecer firmes en la fe, a cuidar la unidad de la Iglesia y a entregar lo mejor de nosotros por amor a Jesucristo.

Que Dios bendiga abundantemente al arciprestazgo de Nuestra Señora de la Altagracia y de la Inmaculada Concepción; que bendiga a cada uno de sus párrocos, a sus agentes pastorales, a sus servidores, a sus familias y a todos los que hoy se han reunido con alegría para vivir esta experiencia de fe y amor.

Que bendiga los frutos del FESTIFE, que ilumine a quienes trabajan por las necesidades de nuestra Arquidiócesis y que nunca falten entre nosotros la generosidad, la fraternidad y la esperanza.

Que el Padre nos conceda su amor, que Jesucristo nos mantenga unidos en su corazón y que el Espíritu Santo nos fortalezca para seguir sirviendo con alegría.

Y que, al regresar a nuestros hogares, podamos llevar la certeza de que vale la pena servir, vale la pena compartir y vale la pena caminar juntos cuando lo hacemos por amor a Dios.

Que el Señor los bendiga y los guarde; que haga brillar su rostro sobre ustedes y les conceda su paz.

¡Que Dios bendiga nuestras parroquias, bendiga nuestro arciprestazgo y bendiga siempre a nuestra Iglesia!

Amén.